

¿Quién te recibirá en casa?

El bebé de lana duró todo un mes emitiendo gorjeos secos y suaves como el algodón, y cagando bolitas de pelusa antes de que a Ogechi se le enganchara en un clavo por el muslo y se le desmadejara mientras ella seguía caminando porque creía que los resoplidos eran de hambre incipiente y no los lloros de una criatura deshaciéndose. Cuando se dio cuenta ya era demasiado tarde y la pierna era una maraña de fibras, así que tiró del hilo hasta el final para acabar con aquello y que la criatura no creciera mutilada. Si iba a ser madre, si iba a silenciar y plegar partes de sí misma, el bebé tenía que ser perfecto.

Sabía que usar lana había sido una ingenuidad, el material era para mujeres ociosas que podían acunarlo en la comodidad de sus coches y en casas seguras donde no había clavos sueltos. No era para una ayudante de peluquera que cuando tenía dinero cogía el *danfo*¹ para ir a trabajar, caminaba cuando no tenía y vivía en un «apartamento» que consistía en una habitación que se abarcaba con tres zancadas largas. Las mujeres como ella tenían que hacerse la descendencia de materiales más resistentes y prácticos si querían que aguantasen los golpes y rozaduras que acompañaban a una vida como la suya. Su madre la había hecho a ella con barro y ramitas, y le había envuelto bien el cuerpo con hojas, como un *moin-moin*:² cosas pedestres que habían producido una chica pedestre. Ogechi estaba decidida a que su criatura fuera un capricho, un bebé suave y bonito, tierno y merecedor de amor. Pero primero tenía que ir a trabajar.

Se cepilló la cabellera corta y desigual y se puso uno de los dos vestidos que poseía. Decidió que el próximo bebé tendría treinta vestidos y el pelo tan largo que tardaría horas en trenzárselo, y se quejaría a todo el que la escuchase sin dejar de exudar orgullo y alarde.

Ogechi se dio el gusto de ir en autobús, pero se arrepintió. En la última fila había dos cesteras con sus bebés de hoja de palma trenzada en el regazo. Uno tenía hojas azules y verdes mezcladas con las de color natural, mientras que el otro bebé era rojo de arriba abajo, y todos los pasajeros los admiraban. Crecerían siendo duros y brillantes y hábiles.

Como todavía no estaban vivos, los pasajeros cantaron la llamada y respuesta que dictaba la tradición:

¿Adónde vas?

Voy a casa.

¿Quién te recibirá en casa?

Mi madre me recibirá.

¹ Microbús o furgoneta de propiedad particular que se utiliza en el transporte colectivo.

² Púding de puré de judías con cebolla y chile rojo.

¿Qué hará tu madre?

Nos bendecirá a mí y a mi bebé.

Era un acontecimiento feliz en la vida de una joven: el día que su madre bendecía a su bebé y le daba vida. Las dos jóvenes se sonrojaron y sonrieron contentas cuando otra mujer las felicitó por su trabajo (qué puntadas tan prietas y bonitas) y les deseó lo mejor. Ogechi les deseó que murieran ahogadas, pero no en voz alta. La mujer de las felicitaciones se volvió hacia ella, ansiosa por extender su admiración, pero en cuanto le echó un vistazo y vio el vestido raído, el regazo vacío y la totalidad de aquel conjunto tan poco memorable, sonrió avergonzada y se examinó los dedos. Ogechi la miró fijamente durante el resto del trayecto con la esperanza de incomodarla.

El día que Ogechi le llevó su primer bebé a su madre, una cosa mullida hecha de pétalos de algodón, la mujer se rio y soltó tantos resoplidos y carcajadas que debería haberse desmayado. Después de eso, cogió la figura que su hija había formado, la agarró por debajo de los brazos y la rasgó por la mitad.

—Esta cosa será gorda e inútil —había dicho—. Necesitas algo con brazos y piernas fuertes que sea capaz de arar y acarrear y frotar. Las criaturas blandas que viven vidas difíciles se vuelven locas o mueren jóvenes. Tráeme un bebé con aristas, y yo te lo bendeciré para que lo críes como tú quieras.

Pero Ogechi le llevó un bebé de papel hecho con el papel de regalo más bonito que había conseguido, y su madre, sin parar de reír, lo metió en el cubo de la fregona hasta que se ablandó y se deshizo. Ogechi le dio una bofetada, y su madre se la devolvió y le dio otra y otra más, hasta que los vecinos oyeron el jaleo y las separaron. Ogechi se escapó esa noche y juró no regresar jamás a casa de su madre.

Al llegar a su parada, Ogechi se apeó y se abrió camino entre la gente de la calle hasta llegar a la peluquería donde trabajaba: el Emporio Capilar de Mama Said. Mama también era propietaria del negocio de al lado, que para algunos era una casa de comidas, pero para otras como Ogechi era el lugar donde la propietaria bendecía a los bebés de las chicas que no tenían madre. A cambio de un estipendio. Y Ogechi todavía le debía el pago por el bebé de lana que ahora estaba desovillado.

Cuando entró en el Emporio, las demás ayudantes se fijaron en que no llevaba nada en los brazos y se rieron. ¿Acaso no la habían avisado de lo que pasaba con la lana? Ogechi se negó a manifestar el escozor de las lágrimas en los ojos y cogió la escoba que tenía más a mano.

Las clientas no tardaron en ir llegando, y las demás chicas les lavaban y les preparaban la cabellera mientras Ogechi barría el pelo que había caído de los cueros cabelludos, las pelucas y las extensiones. Mama llegó justo cuando la primera clienta ya perdía la paciencia, y la apaciguó con halagos. Meneó la cabeza con resignación al fijarse en que Ogechi no llevaba nada en brazos y se puso a ondular, a coser extensiones y a hacer

permanentes hasta que las mujeres estuvieron satisfechas o tuvieron demasiada prisa para preocuparse más.

Poco después de las tres, las dos ayudantes más jóvenes se marcharon juntas; evitaron mirar a Ogechi, pero sonreían satisfechas como si supieran lo que iba a suceder. Mama despidió a la última clienta y acarició una peluca en exposición, esperando.

—Mama...

—¿Y el dinero qué?

Era un trámite que Mama se negaba a saltarse. Sabía de sobra que Ogechi no tenía dinero. Ogechi vivía en uno de sus edificios, donde invertía en el alquiler casi todo su exiguo salario, y comía solo una vez al día, en la casa de comidas de Mama.

—No tengo.

—Pues ¿qué piensas darme?

Ogechi sabía que no le convenía proponer nada.

—Mama, ¿qué quieres?

—Quiero un poquito más de tu alegría, Ogechi.

La mujer ya se había quedado con casi toda su empatía, hasta el punto de que Ogechi se había visto escupiéndoles a los mendigos en la mano. Pero la última vez Mama le había pedido alegría y había aceptado bendecir al bebé de lana solo si Ogechi le pasaba un poco, una pizca nada más. Toda la empatía y la alegría y quién sabe qué más cosas que Mama les quitaba a ella y al resto de las chicas desesperadas que iban a su trastienda permitían a la mujer seguir bendiciendo a pesar de que el deber había desaparecido hacía tiempo. Ogechi quería verlo como un trueque justo: un poco de su vida a cambio de la vida de su bebé. Cualquier cosa con tal de no volver a casa de su madre y a sus exigencias prácticas.

—Te la doy, Mama.

Mama le tocó el hombro, y Ogechi sintió cierta tristeza, pero nada que no se le pasara en unos días. Era un intercambio justo.

—¿Por qué no acabas aquí mientras yo voy a ver cómo está la comida?

Mama se marchó y no habían pasado ni tres minutos cuando entró una joven. Era imponente: pelo largo y natural, dedos delicados, piel suave y limpia como el mejor chocolate. En las manos llevaba algo de cuya existencia Ogechi habría dudado de no haberlo visto con sus propios ojos. El bebé era de porcelana y en la cara, de superficie lisa y vidriada, tenía una sonrisa preciosa. Llevaba un vestido blanco con volantes y calcetines con volantes y zapatos de suela flexible que nunca tocarían suelo. Solo una mujer muy rica o muy afortunada sería capaz de conseguir que algo tan delicado no se rompiera a lo largo del año que debía pasar antes de que el bebé se convirtiera en carne y hueso.

—Buscamos a la mujer que se llama Mama. ¿Es aquí?

Ogechi se recompuso lo suficiente para enviar a la chica al lado, y luego se deslizó en un ataque de lágrimas y celos. Un bebé como ese jamás sería suyo. Hasta los de hoja de palma trenzada que había visto por la mañana parecían esponjas sucias hechas para absorber desgracias en comparación con aquel bebé de porcelana al que no se le pegaría la mala fortuna. Si la madre de Ogechi hubiera visto a la criatura, se habría reído de lo

ridículo que sería tener una niña así, los mimos constantes que necesitaría. No se le había ocurrido que las hijas de barro también necesitaban afecto.

¿Dónde podía Ogechi conseguir materiales tan bonitos? Allí lo único que había eran las revistas de páginas satinadas con las fotos de los peinados de moda, las botellas vacías que Mama llenaría de agua perfumada para intentar venderlas, y pelo. Había pelo por todas partes: corto, largo, de mentira, de verdad, negro como la obsidiana, de un rubio delirante o rojo, rojo brillante. Ogechi le dio la vuelta a la bolsa donde había metido el pelo que había barrido y de dentro cayó un montón salpicado de escombros. Cogió un puñado y le sacudió la suciedad. ¿Se atrevería?

Tapó uno de los lavacabezas y echó un buen chorro del champú más caro que tenían en la peluquería. Cuando acabó de llenar la pila de agua y espuma, sumergió el pelo y se puso a frotar. Llenó la pila dos veces más, hasta que el agua salió limpia. Entonces empapó el manajo en acondicionador, lo aclaró y lo secó con una toalla. A continuación, juntó los mechones sedosos y se puso a enrollarlos.

Les dio vueltas y vueltas hasta que la bola de cabello se convirtió en un cuerpo y los muñones en brazos, dedos. Los mechones se enredaban entre sí y formaban una masa casi impenetrable. Ese bebé no se engancharía en ninguna parte ni se desenredaría. Ese bebé no se disolvería en agua ni con la lluvia ni con el quitaesmalte como le había pasado al que había hecho con plástico. No era un bebé de golosina que se llenaría de hormigas y se convertiría en sirope en menos de un día. No era un ensayo hecho con barro que después tiraría a una alcantarilla a kilómetros de casa.

Lo envolvió en un pañuelo para la cabeza y fue a buscar a Mama. La mujer hermosa y su bebé precioso ya habían acabado, y Mama estaba en su habitación, contando una cantidad pasmosa de dinero. Hasta que no acabó, no le hizo señas a Ogechi para que pasase.

—¿Otro?

—Sí, Mama.

Ogechi no destapó al bebé y Mama no le preguntó, pues hacía tiempo que se había aburrido de las tonterías de la chica. Cantaron la canción tradicional:

¿Adónde vas?

Voy a casa.

¿Quién te recibirá en casa?

Mi madre me recibirá.

¿Qué hará tu madre?

Nos bendecirá a mí y a mi bebé.

Entonces Mama continuó con su estrofa especial:

¿Qué necesita Mama para bendecir a este bebé?

Mama necesita lo que yo tenga.

¿Qué tienes?

No tengo dinero.

¿Qué tienes?

No tengo posesiones.

¿Qué tienes?

El corazón lleno.

¿Qué necesita Mama para bendecir a este bebé?

Mama necesita el corazón lleno.

Entonces Mama las bendijo a las dos y, a modo de banquete de celebración, le regaló a Ogechi una empanada de carne. Y luego cogió un poco más de la alegría de Ogechi.

Ogechi tenía buenos motivos para no apartar el trapo y dejar que Mama viera a la criatura. En primer lugar, estaba hecha de cosas que había sacado de la peluquería de Mama y, aunque no eran más que basura, Mama las añadiría a sus deudas. En segundo lugar, todo el mundo sabía lo arriesgado que era hacer un bebé de pelo, imbuido de la identidad de la persona a quien se lo habían cortado. Pero ¿un bebé de muchas cabelleras distintas? Eso estaba prohibido.

Sin embargo, el bebé era brillante, las mechas rojizas relucían lo justo con la luz y era tan robusto que aguantaría todo un año sin problemas. Al cabo de ese año, se lo llevaría a su madre y se lo restregaría por la cara (no el bebé en sí, sino el concepto). Mantuvo al bebé tapado incluso en el autobús, donde la gente la miraba con timidez y hubo alguien que quiso cantarle la canción, pero Ogechi miraba al frente y no respondió a la llamada.

La acera que conducía a la puerta de su cuartucho estaba tan sucia que pasó por allí de puntillas, pensando que si la casera no fuese Mama, se quejaría.

En la habitación, colocó al bebé sobre una almohada vieja, en un cajón huérfano. Por la mañana cobraría vida y después de un año sería una cosa bonita y fuerte.

Había una vieja historia sobre los bebés de pelo. Hace mucho tiempo, las chicas recogían a diario el pelo que mudaban hasta que conseguían un manojito del tamaño suficiente para tejer un bebé. Un día, una tormenta arrasó un pueblo, y el viento sacó todos los manojos de sus escondites y los arrastró hasta el centro del mercado, donde todos los mechones se enredaron y se apelmazaron. Las jóvenes intentaron por todos los medios separar su pelo del de las demás, y a las ancianas del lugar las divertía ver el histrionismo de las chicas, que se peleaban por los mechones más largos y los puñados más sedosos.

Así es como solucionaron el jaleo: cada chica sacaría un mechón de cada madeja hasta que todas tuvieran la misma cantidad. Algunas refunfuñaron y otras se alegraron, pero todas obedecieron y todas se fueron a casa con un ovillo idéntico.

Cuando llegó el momento de bendecir a los bebés, todas las chicas se presentaron y todos los mechones habían conseguido el grosor necesario al mismo tiempo. Hubo una enorme celebración para señalar un acontecimiento tan especial, y las madres, llorosas, bendijeron a los bebés de sus hijas llorosas y les dieron vida.

A la mañana siguiente, todas las nuevas madres habían desaparecido. Algunas lo hicieron sin dejar ni rastro, otras eran una pila de huesos limpios, otras no tan limpios. No obstante, eso no era más que un cuento de antaño.

Por la mañana el bebé estaba despierto y lloraba sonidos secos, como cuando se rozan entre sí los tallos del trigo. Ogechi corrió hasta allí y sonrió cuando la cara fibrosa y sin ojos se volvió hacia ella.

—Hola. Soy tu madre.

Sin embargo, la criatura siguió llorando, hambrienta. Ogechi intentó alimentarla con el detergente que le había dado al bebé de lana, pero la atravesó como si fuera un colador. Aunque sabía que no funcionaría, lo intentó con el agua azucarada que le había dado al bebé de golosina y el resultado fue el mismo. Acunó al bebé y el rasguño de sus lloros le daba dentera, y justo cuando Ogechi cogía aire para un gran suspiro de exasperación, se le llenó la nariz de la fragancia del champú y el acondicionador caro de Mama, y eso respondió a su pregunta.

—Vas a ser un bebé muy caro, ¿verdad? —dijo Ogechi, sin acritud.

Una hija que costaba mucho, daba mucho.

Ogechi le envolvió el torso y las extremidades con los jirones que había hecho con su otro vestido hasta que estuvo cubierta casi del todo, salvo por el lugar donde suponía que estarían la nariz y la boca. Intentó salir del paso con su champú, que era tan lujoso como el fondo de un desagüe atascado, pero el bebé no lo quiso. Hasta que no se lo ató a la espalda, no descubrió lo que quería. El bebé se movió hacia arriba y Ogechi se lo subió un poco y un poco más, hasta que la criatura le apoyó la cabeza en la nuca. Entonces lo notó: una suave sensación de succión mientras el bebé se llevaba los mechones enredados a la boca. Ay, por fin, una solución manejable.

Decidió ir al trabajo a pie, pues no estaba segura de cómo dar de comer a la criatura sin destapar el secreto, aunque temía lo que pudiera pasar en el cruce que había cerca del Emporio de Mama. Estaba siempre lleno de una muchedumbre y había gente que miraba con curiosidad, mendigas que examinaban y calculaban el valor de las transeúntes. Alguien se daría cuenta y le preguntaría.

Pero al llegar al cruce, ni una sola persona la miró. Se había formado una multitud que miraba algo que Ogechi no veía a través del gentío. Después de ver como una mujer intentaba subirse al tejado bajo de un edificio cercano para tener más perspectiva y fracasaba, Ogechi se encaramó de un solo salto, aunque trabajoso. Las chicas de barro

valían para algo. No hizo caso de la mujer cuando estiró el brazo para que la ayudase, y se irguió para ver por qué se había acumulado tanta gente.

Había una chica que estaba junto a su madre y, a pesar de que Ogechi no las oía desde allí arriba, la pose, los movimientos de la boca, todo le resultaba familiar. ¿Estaban a punto de desvelar a un bebé en público? ¿A plena luz del día? Hasta una chica como ella sabía que eso era de una vulgaridad terrible. No era de extrañar que se hubiera juntado tanta gente. Solo a una criatura de cierta magnitud la desolverían en público de ese modo. ¿De qué era esa? ¿De oro? No, la mujer y su hija no vestían con suficiente refinamiento para eso. Su ropa no era mejor que la de Ogechi.

Ogechi se sobresaltó al ver que el bebé se movía. Lo que había tomado por un pliegue obsceno del vestido era, de hecho, el bebé: poco más que un enredo de palos y ramitas (¿y hierba?) envueltos en un trapo viejo. Desechos. Un bebé de basura. Lloraba y el ruido de la fricción era tan frenético y seco que Ogechi imaginó que se le prendía un fuego dentro de la boca. El bebé hipó una vez, y cuando siguió llorando su llanto ya era humano. La madre de la chica se rio y bailó, pero la joven no hizo más que llorar con la criatura pegada al pecho. Juntas la destaparon, le quitaron una cáscara gruesa de trapo y ramitas, y Ogechi se inclinó todo lo que pudo sin caerse del tejado para ver qué atributos especiales tenía para requerir una exhibición pública.

La muchedumbre sintió la misma decepción que ella: era un bebé corriente con una cara corriente. Todo el mundo empezó a dispersarse y hubo algunas que insultaban a las dos madres y al bebé que sostenían entre ambas por hacerles perder el tiempo. Otras las felicitaban con entusiasmo; al fin y al cabo, se trataba de un bebé. No obstante, algo no cuadraba y Ogechi no quiso marcharse hasta que comprendió lo que le extrañaba de la escena.

Era la cara de la nueva madre. El bebé era más soso que unas gachas, pero su expresión era de asombro. Cualquiera pensaría que lo había hecho con seda. Cualquiera pensaría que tenía polvo de diamante. Cualquiera pensaría que era un bebé muy querido. La madre acunó a la hija que acunaba al bebé, un embrollo de brazos corrientes de mujeres corrientes.

«Yo aspiro a más que esto», pensó Ogechi.

En la peluquería, las dos ayudantes preparaban sus herramientas de trabajo y, al ver a Ogechi con el bebé viviente atado a la espalda, entornaron los ojos sin dar crédito. La tradición las obligaba a ser cordiales y, con las mandíbulas apretadas, cantaron:

La bienvenida a la nueva madre.

Soy bienvenida.

La bienvenida al nuevo bebé.

El bebé es bienvenido.

Que sus días sean más largos que los pechos de una madre anciana y más llenos que el estómago de un hombre rico.

En cuanto hubieron pronunciado las palabras, siguieron trabajando como si la canción no fuera más que un estornudo que excusar y olvidar. Eso hasta que se dieron cuenta de los aires de satisfacción que se daba Ogechi, tan distinta de la ansiedad que había sembrado a su paso las otras veces que le habían bendecido un bebé. No les quedó más remedio que comportarse con respeto y apartarse mientras Ogechi barría, a pesar de que apenas un día antes no se habrían movido del sitio. Cuando Mama entró se detuvo, pues había percibido el cambio en la dinámica de poder, pero a ella no la afectaba. Ella seguía siendo la cabeza. ¿Qué le importaba a ella si una uña del pie se peleaba con otra uña del pie? Echó un vistazo al bulto que Ogechi cargaba en la espalda, pero no se fijó mucho ni pensaba hacerlo mientras el bebé no afectase al trabajo y, por extensión, a su pecunio.

Ogechi se alegraba de que fuera un bebé silencioso, aunque a lo largo del día la succión en el cuello se convirtió en un dolor incesante. Se cansó enseguida, como si el bebé le chupara la energía, y si intentaba meter el dedo entre la nuca y la boca del bebé, se ponía a succionar más rápido, así que al final se dio cuenta de que era mejor dejarlo tranquilo. Al final de la jornada, Mama le tocó el hombro para que parase.

—Con este estás contenta.

—Sí, Mama.

—¿Me das un poco de esa felicidad?

Ogechi sabía que no le convenía negársela directamente.

—¿Qué recibiré a cambio?

Mama se rio y la dejó marchar.

Cuando se quitó al bebé de la espalda, en la nuca tenía una calva supurante y en carne viva. De camino a casa, fue al fondo del autobús y se pegó el bebé a la oreja para que nadie lo viera. Pero se le aferró a la patilla de inmediato y pasó todo el viaje así, succionando hasta que a ella le dolía la cabeza. En casa, se cortó un mechón de pelo y con él alimentó al bebé, que devoraba la pelusa como las esponjas absorben el agua. Después se durmió, y Ogechi durmió también.

Si a Mama le extrañaba la ambición repentina de Ogechi, no dijo nada. Ogechi se prestaba voluntaria para cortar puntas. Se ofrecía para desatascar el lavacabezas. Tenía la peluquería tan limpia que empezó a correr el rumor de que iban a vender el edificio. Descubrió que al bebé no le gustaba el pelo artificial y lo escupía. Su favorito era el pelo sucio, que tenía el sabor de la persona de cuya cabeza venía. Ogechi conseguía alimentarlo con regularidad, pero a medida que pasaban los días pedía más. Todo el pelo que recogía en el trabajo había desaparecido por la mañana y no le quedaba más remedio que atarse la criatura a la espalda y dejar que le mascara las calvas de la nuca.

Mama no sentía curiosidad por el bebé, pero las dos ayudantes sí. Cuando Ogechi rechazó su petición de verlo, la sumisión repentina se convirtió en malicia multiplicada por diez. Ensuciaban más de la cuenta, esparcían pelo después de que Ogechi limpiara y tumbaron los botes de champú hasta que Mama les retorció la oreja por desperdiciar sus

productos. Una de las chicas, la baja que tenía esa cicatriz tan fea en el brazo, se volvió tan atrevida que intentaba destaparle la cabeza al bebé y salía corriendo y riéndose cuando Ogechi reaccionaba. Esquivarla se convirtió en una tarea agotadora, así que los días que abría la peluquería, Ogechi se acostumbró a esconder al bebé en el local, embutido entre las pelucas o detrás de la estantería de botes de champú sin abrir. Ante su fracaso, la chica se enfadó, después se aburrió y al final se dio por vencida.

Un día en que el bebé estaba acurrucado entre las pelucas y Ogechi, las otras dos ayudantes y Mama estaban comiendo al lado de la peluquería, una mujer se acercó a la mesa para hablar con la dueña.

—Saludos.

—Saludada quedo —contestó Mama—. ¿Qué quieres?

Mama acostumbraba a recibir mejor a sus clientas, pero esa mujer le debía dinero y Mama se cobraba hasta la última moneda de su cordialidad.

—Mama, he venido a pagar la deuda.

—No me digas. Es la tercera vez que vienes a eso y aquí seguimos.

—Traigo el dinero, Mama.

—A verlo.

La mujer se sacó un saquito de la parte delantera del vestido y contó el dinero que debía. En cuanto los billetes tocaron la palma de la mano, Mama se deshizo en sonrisas.

—Bueno, una mujer de palabra. Siéntate, querida. Tienes un poco de mala cara, ¿qué tal si te conseguimos algo de pelo?

La mujer estaba demasiado anonadada por la amabilidad de Mama para percatarse del insulto. Mama echó a una de las ayudantes de allí y le mandó traer una peluca en concreto. Una que estaba cerca de donde Ogechi había guardado al bebé.

—Ya voy yo, Mama —dijo Ogechi, y se levantó. Pero una bofetada veloz la sentó de golpe.

—¿Quién te ha hablado a ti, Ogechi? —le preguntó Mama.

Sabía que era mejor no contestar.

La ayudante a la que Mama se había dirigido se marchó entre risitas, mientras que la otra le sonreía al plato. Ogechi enredó los dedos en el dobladillo del vestido e intentó respirar más despacio. Tal vez si era la primera en hablar con la chica cuando regresase, podría suplicarle. O sobornarla. Cualquiera cosa con tal de que el bebé siguiera siendo un secreto.

Sin embargo, la chica no volvió. Al cabo de un rato, la mujer que había saldado la deuda se inquietó y se levantó para marcharse. El tono de Mama era de furia reprimida.

—Siéntate. Espera. —Y dirigiéndose a Ogechi—: Ve a por la peluca y dile a esa chica que si la vuelvo a ver le arranco el corazón.

Mama no estaba acostumbrada a que la desobedecieran.

Ogechi corrió a la peluquería pensando que encontraría a la chica boquiabierta ante el extraño bebé fibroso. Sin embargo, la chica no estaba. La peluca que le había pedido Mama estaba en el suelo y en su lugar, en su balda, estaba el bebé. Ogechi lo empujó para

meterlo detrás de otra peluca y corrió con la peluca en cuestión a Mama, que insistió en que la mujer se la quedara. Entonces le cobró, le tendió la mano esperando el pago. La mujer vaciló, pero pagó. Mama no regalaba nada.

La ayudante no regresó al Emporio y Ogechi estaba preocupada por si había ido a ver a alguna madre anciana pidiendo consejo. Pero nadie se presentó por sorpresa en el local, y cuando Ogechi salió a la calle al cerrar, allí no había una muchedumbre lista para administrar justicia. La segunda ayudante se marchó en cuanto Mama le dio permiso y se fue llamando a su compañera una y otra vez. Ogechi recogió al bebé y se fue a casa.

En su cuarto, Ogechi intentó darle de comer, pero el pelo le rodaba por la cara y caía. Lo intentó de nuevo y seleccionó los mechones y rizos que normalmente más le gustaban, pero los rechazaba todos.

—¿Qué quieres? —le preguntó Ogechi—. ¿No te gusta este pelo?

Lo dijo sin malicia y se agachó a besarle la tripa. La tenía caliente, y ese calor inesperado la hizo apartarse de golpe.

—¿Qué tienes ahí dentro?

Era una pregunta retórica para la que no esperaba respuesta. Pero el bebé se rio, y Ogechi reconoció el sonido. Era la risita burlona que oía cuando tropezaba con alguna toalla usada o se le caía la escoba de las manos por su torpeza. Era la risita disimulada que había oído cuando Mama le había cruzado la cara en el restaurante.

Se apartó aún más, y el bebé se esforzó tanto por no dejar de mirarla que al final se puso de costado. Se quedó quieto cuando Ogechi se quedó quieta, así que Ogechi dejó de moverse incluso después de que los ronquidos indicasen que el bebé se había dormido.

¿Debía pedir ayuda? ¿Decírselo a Mama? Y si pedía ayuda, ¿a quién? ¿Qué podía decirle a Mama? Sopesó las opciones hasta que le pesaron los párpados del sueño. Pronto, demasiado pronto, despuntó el día.

El bebé lloraba con hambre. Ogechi se acercó con precaución. Cuando la vio, la textura de los lloros se suavizó, y ella no pudo evitar suavizarse también. La criatura era suya, ¿no? Para bien o para mal, era suya. Otra vez intentó darle pelo, pero no lo aceptaba. Sin embargo, le mordió los dedos con fuerza, y Ogechi se sobresaltó. No le había dado dientes.

Más que nada en el mundo, quería dejar al bebé en el cuarto, pero aquellos lloros tan extraños podían llamar la atención de alguien. Lo envolvió temblando por lo caliente que tenía la tripa. Se le aferró a la nuca y chupó tan fuerte que se le nubló la vista. «Esta es la clase de cosas que una madre debe hacer por su bebé —se dijo Ogechi mientras resistía el impulso de arrancárselo del cuello—. Una madre debería entregarse a su bebé aunque le pida hasta la médula. Sobre todo un bebé como este, tan fuerte, suave y reluciente.»

Al cabo de unos minutos, succionaba a un ritmo más manejable, saciado.

En la peluquería, no soltó al bebé por miedo a que llorase si se lo quitaba de encima. Además, la ayudante atrevida que había intentado destaparla ya no trabajaba allí y ella

sabía que nunca regresaría. La otra tenía los ojos rojos y moqueaba, incapaz de parar de llorar por mal que Mama la mirase. Al hora de cerrar, a Ogechi le dolía mucho la cabeza y temblaba de agotamiento. Quería llegar a casa y separarse del bebé. Ya estaba pensando en el alivio que sentiría cuando la otra ayudante le dijo:

—¿Por qué no has preguntado por ella?

—¿Por quién?

«Menuda respuesta idiota», pensó en cuanto lo dijo.

—¿Cómo que por quién? Mi prima, la que ha desaparecido. ¿Por qué no quieres saber dónde está? Hasta Mama les ha preguntado a las clientas por ella.

—No sabía que erais primas.

La chica se dio cuenta de que Ogechi intentaba despistar.

—Tú sabes lo que le ha pasado, ¿verdad? ¿Qué le has hecho?

Ogechi contestó antes de darse cuenta de lo que hacía:

—Lo mismo que te haré a ti —dijo.

La ayudante retrocedió un paso, luego otro, y otro más, y al final dio media vuelta y echó a correr.

En casa, Ogechi acostó al bebé y lo miró hasta que se durmió. Le tocó la tripa, que ya se enfriaba, y se estremeció solo de pensar lo que podía haber dentro. Entonces el bebé suspiró un pequeño suspiro veloso por su boquita de pelo, y Ogechi volvió a sentir amor maternal.

A la mañana siguiente, le tocaba a ella abrir la peluquería, y fue pronto para bañar al bebé con el champú bueno de Mama. Le enjabonó el relieve de la cara con cuidado de esquivar las mordidas de esa boca tan hambrienta. Había empezado a aclararlo cuando entró la otra chica. En un primer momento retrocedió asustada, pero entonces se fijó en los detalles: Ogechi en el lavacabezas, el champú caro de Mama en la repisa, la espuma que cubría vete a saber el qué, y, con mucha astucia, dio media vuelta y salió corriendo y llamando a Mama a gritos. Sabiendo que ir tras ella no serviría de nada, Ogechi se apresuró a envolver al bebé en los jirones del vestido viejo y, con las prisas, tumbó el bote de champú. Justo entonces entró Mama.

—Me he enterado de que estás lavando algo en mi lavacabezas.

Mama miró el champú vertido y luego a Ogechi.

—¿Estás haciendo la colada en mi casa?

—Lo siento, Mama.

—¿Cuánto lo sientes, Ogechi, querida? —dijo Mama mientras calculaba—. ¿Lo suficiente para darme un poco de esa felicidad y que nos olvidemos de esto?

No hacía falta una canción, ya que no había bebé que bendecir. Mama se limitó a estirar el brazo y agarrarse, pero lo que pensó que era el hombro de Ogechi era en realidad la cabeza envuelta de la criatura.

Mama se desplomó con un tembleque muy poco digno. Los ojos le daban vueltas, como si tratase de verlo todo a la vez. Ogechi huyó. Corrió hasta casa y, a pesar del pánico,

notó el calor que irradiaba el bebé en sus brazos, como las brasas de un fuego recién avivado. Una vez en su cuarto, soltó a la criatura en la cama pensando que se encontraría ronchas de piel quemada en los brazos, pero no tenía ninguna. La observó, pero la veía igual. Seguía siendo una mata densa de fibra oscura con alguna que otra mecha roja. No la tocó, ni siquiera cuando se lo mandó el instinto maternal. De un momento a otro, Mama se presentaría allí con sus gorilas y tenía demasiado miedo para pensar en otra cosa. Pero Mama no apareció, y Ogechi se quedó dormida esperando a que aporreasen la puerta.

Se despertó en mitad de la noche con el bebé de pie encima de ella. No debería haber sido capaz de levantarse y mucho menos de trepar por la cama. Tampoco de agarrarle un mechón de pelo con tal fuerza que el cuero cabelludo se le arrugase ni de embutirle una extremidad en la boca para silenciar los gritos. Intentó tirar del bebé para romperlo, pero las costuras aguantaron. Solo cuando lo estrelló contra la pared consiguió que la soltase. Entonces el bebé se escabulló por el cuarto y se escondió en un lugar adonde la vela que Ogechi había encendido no llegase. Ella retrocedió hacia la puerta y escuchó, pero ¿qué ruido hace el pelo?

Cuando el bebé de pelo se le lanzó a la cabeza, Ogechi chilló y se sacudió, pero se le aferró a la cabellera, esta vez con más fuerza. Entonces Ogechi hizo algo que la acompañaría hasta el final de sus días: levantó la vela y prendió al bebé. Y cuando el bebé cayó retorciéndose al suelo, lo cubrió con una olla y la sujetó hasta rato después de que le salieran ampollas en los dedos, hasta que el bebé, duro como ella misma lo había hecho, dejó de moverse.

Salió afuera y se sentó en el escalón de la entrada a su apartamento. Nadie había prestado ninguna atención al ruido; no era la clase de edificio en el que la gente saliera a ver qué eran esos gritos. Con las rodillas pegadas a la barbilla, lloró sobre la piel callosa y sintió alivio y otra cosa: el resquicio de empatía que Mama no le había podido robar. Había mucha tierra en el suelo; tierra por todas partes, a su alrededor. Cuando entró en el cuarto y levantó la olla, todos los mechones de pelo hermoso y brillante se habían convertido en cenizas. Entonces recogió la tierra de fuera, la metió en la olla y añadió agua.

Eso sabía hacerlo. Sabía hacer arcilla firme; había nacido para eso. Cuando la mezcla estaba a punto, añadió un puñado de cenizas. «Que esta hija nazca de la tristeza —se dijo—. Que esta hija viva con tristeza. Que esta hija no se convierta al crecer en una chica necia y confiada que haga trueques con la alegría.» Ogechi dio forma a la cabeza, los brazos, las piernas. Le hizo la cara como la de su madre. Por la mañana, iría a por hojas para protegerla de la lluvia.